

Sobre gatos, memoria y credulidad

O de cuáles son los referentes con los
que nos comunicamos¹



1 Lección inaugural. Facultad de Comunicación Social UPB. Medellín. Febrero 24 de 2011.

José Guillermo Ángel R.

La prensa libre es el cuarto poder en cuanto que fiscaliza y vigila lo que hacen los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Es el ojo del pueblo puesto encima de quienes lo gobiernan, en tanto que el pueblo ha elegido a sus gobernantes y por ello es juez permanente de su elección.

De mi cuaderno de periodismo cuando era estudiante de comunicación social

Lo que más me llamó la atención del siglo XX, fue que a mí no me pasó nada.

Isaiah Berlin

No tenemos dudas sobre dónde están nuestras simpatías en esta tensión de valores. Y, sin embargo, no podemos dejar que esas simpatías nos transformen en propagandistas, incluso de un sistema al que respetamos.

Bill Keller, editor del periódico New York Times. Citado por el periódico El Espectador del domingo 20 de febrero de 2011 (Pág. 4). Artículo referencia documento: Wikileaks.

Primera parte: los gatos

Los gatos no estuvieron nunca en el Arca de Noé (leído en alguna parte, creo que en el Talmud). Así que se sustrajeron a la tragedia del diluvio. Algo en su memoria les dijo dónde refugiarse y se salvaron. Por ahí están.

Sé que hablo delante de un auditorio que se interesa en la comunicación social y no en los gatos. Pero me interesa hablar primero de estos felinos enanos porque entendiéndolos (poniéndome de acuerdo con ellos) logro hacerme una idea de lo que ahora pasa, si no correcta al menos cercana, lo que es una suerte. Hablando de los gatos no establezco ninguna certeza. La certeza impide pensar más porque es una definición completa y lleva a obedecer. No hay un más allá de la certeza, como propone Ludwig Wittgenstein, a quien no sé si le gustaban los gatos. Y no quiero decir que los gatos sean profetas o respuestas sueltas que no hemos leído. No, los gatos son animales inciertos, lo que los emparenta con la física cuántica, que establece que solo es posible la



incertidumbre. Este axioma es interesante porque permite que nos sigamos haciendo preguntas.

Los poetas franceses amaban los gatos porque los tenían como copias pequeñas y débiles de los tigres y leones, jaguares y pumas, panteras y leopardos. Copias del peligro y de la libertad de la selva y el monte. Jorge Luis Borges, quizá viendo un gato bonaerense, crea su teoría de los tigres y los espejos, estableciendo que el tigre que se mira en el espejo ve un peligro que se multiplica, pero que está en él mismo. Ve la belleza, el brillo de la mirada, los bigotes, las garras y su extensión en la cola, sus gestos de plenitud y de agresión. Y teme lo que ve. Pero al dar la vuelta y alejarse del espejo, el peligro desaparece. Ya no se mira y no hay evidencia del temor y la ira, que sigue en él, que va con él. Borges termina ciego y lo aterroriza esto de no poder verse. Y posiblemente de no ver más gatos, que en Buenos Aires son pocos a pesar de que la ciudad es un puerto.

Recuerdo una crónica de Gay Talese en la que lee a New York a través de los gatos. Los gatos neoyorkinos representan las clases sociales, las de los adaptados y los parias, las de los que habitan los tiempos fríos y calientes, la abundancia y el ayuno, las grandes edificaciones del mundo del poder y los antros de los inmigrantes sin suerte. Esos gatos provienen de más allá del mar. Llegaron en barcos que hacían las rutas de Europa y el Asia, del norte de África y de esas tierras fantasmas en las que una equis marca el mapa del tesoro. No había gatos en América, solo pumas y jaguares que eran dioses.

También recuerdo un cuento largo de Ernest Hemingway titulado *Las nieves del Kilimanjaro*, en el que el autor describe un leopardo que ha subido hasta las nieves de la cima de ese monte. ¿Cómo ha logrado hacerlo? ¿Se enteró de que él mismo era un peligro y huyó de sí hasta no tener un lugar más en la tierra que esas nieves perpetuas? De los felinos se puede

esperar cualquier cosa, incluso de que tengan razón y se aterroricen de tenerla.

Pero hablemos un poco de los gatos (que a mí no me gustan pero que misteriosamente se cuelan en mis relatos). De los gatos de pelo corto y largo, de los finos y los rechonchos, de las gatas que tienen triple color en el pelamen, de sus aullidos cortos, de sus formas de ataque y de huir, y de esos amores escandalosos, en los que la hembra siempre huye del macho y en los que el gozo es dolor. De esos amores gatunos se han nutrido los caricaturistas y el mismo Batman, el justiciero de ciudad gótica, que tiene que aceptar que su gran amor (Catwoman alias Gatúbela) es una delincuenta.

Los gatos buscan el mejor lugar del sitio que habitan. Son animales que no se auto infligen dolor. Y como les gusta el reposo más que la acción, consumen cuidadosamente sus porciones de agua y alimento. Digamos que ahorran movimientos, lo que les lleva a perder pocas calorías. No son como el perro que se mueve todo el tiempo y come más lo que puede. El perro no cree en el futuro, el gato sí. El perro se baña y nada, el gato no: prefiere comer los peces que hay en el agua. El perro orina y defeca por todas partes, dejando que sus porquerías sean olidas por sus congéneres, ladra para que lo descubran y es fanfarrón. Es todo lo contrario del gato, que camina silencioso y se esconde cuando presiente un peligro. Las brujas amaban a los gatos porque les indicaban que algo pasaba fuera, pero sin hacer ningún ruido. Los gatos no se delatan. Claro que no salvaban a la bruja del peligro: eran ellos lo que se salvaban. La bruja solo los seguía.

Los gatos son los animales más caseros y urbanos del mundo, pero no están domesticados. Nunca se ha visto un gato que obedezca una orden o que se deje amaestrar para saltar a través de un aro o hacerse el que baila o ha caído muerto. Los gatos hacen lo que quieren, viven permanentemente en la infancia. Esta autonomía lleva a que usen todo lo de su entorno, pero no construyan nada; a que busquen ser queridos pero no quieran a nadie, a que vivan con humanos pero no aprendan. Solo se interesan en que la taza del sanitario esté abierta y el agua limpia. Y no sé si lloran, creo que no.

Los gatos habitan lo doméstico, pero no contribuyen a ello. Son egoístas y amorales. No inmorales, pues no se oponen a las costumbres. Las usan, pero las desprecian. Son unos hipócritas. Sin embargo, llegaron a ser dioses en Egipto y Babilonia y no porque defendieran los silos de grano del bandidaje de los ratones

(asunto que pudieron llevar a cabo perros hambrientos y alarmanes) sino debido a que, como los planetas y los astros, seguían una ley inmutable, perenne, sin corromperse. Y es extraño que solo los espías hayan aprendido de ellos. Y digo extraño porque los hombres hemos aprendido de todos los animales y plantas, de las rocas y el curso de los vientos y las aguas. Nuestro conocimiento solo ha sido nombrar, definir y copiar lo que hay en la tierra, salvo al gato, que es un desobediente y por eso no ha dejado de ser él todo el tiempo. De aquí su condición excepcional de testigo, como dice y prueba Gerard Vincent en su *Historia de la humanidad contada por un gato*. ¿Representa el gato a la objetividad? ¿La libertad? ¿Es, como dice Feuerbach, una de esas palabras que nombramos y no podemos convertir en cosa, en realidad? ¿La felicidad, la calma, la tranquilidad, la paz?

Dejemos en este punto a los gatos, que ya saltarán sobre el pájaro cuando este deje de volar.

Segunda parte: la memoria

En las dos últimas novelas de Umberto Eco, este escritor italiano se ha preocupado de dos asuntos: la pérdida de la memoria y la falsificación². El hecho es claro: perder la memoria facilita la falsificación. Y ambas, amnesia y palimpsesto (copiar sobre una cosa borrada otra cosa)³, llevan a la destrucción de la historia y la moral, esta última tenida como aquella buena costumbre que no causa dolor. Y por ello el primer derecho fundamental (reclamar la moralidad), que pocos reclaman y por el contrario dejamos destruir sin protestar. Si existieran los extraterrestres y se hicieran preguntas, estarían extrañados de esa predisposición que tenemos a no querer vivir bien. Sigmund Freud planteó esta pulsión, pero quedó en manos de especialistas.

La memoria es la que nos permite tener pasado, en especial la memoria episódica que habla del qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué. Como bien dice Jack London en su cuento *Ley de vida*⁴, el hombre es el único animal que habla del episodio que transcurre entre el nacer y el morir. La naturaleza simplemente reproduce eventos sin preguntarse qué ha sucedido entre uno y otro. Un árbol se cubre de hojas, da flores, frutos y se desnuda. Y así hasta que se pudre o es talado. Igual un pájaro, la tierra, un conejo, que

2 La misteriosa llama de la reina Loana y El cementerio de Praga.

3 Con relación al palimpsesto, Umberto Eco escribe otra novela: Baudolino.

4 Ley de vida y otros cuentos. Jack London.

viven (en tanto actúan) porque el hombre da cuenta de ellos. La naturaleza simplemente existe, es decir, es sin enterarse qué es. No así el hombre, sin importar su grado de desarrollo técnico, que desarrolla preguntas y guarda sus respuestas (certeras o no) en la memoria para no perderse en el mundo. Y que trata de atrapar esta memoria en signos de clara comprensión, a fin de que lo memorizado no se desfigure. En términos de Martin Heidegger (filósofo con el que se puede debatir con altura), siempre estamos delante de la cicatriz, que no es lo que pasa sino la señal de que algo pasó. Así, la memoria, es la cicatriz que nos evidencia el acto sucedido, el pasado. ¿Pero qué pasa si se pierde la cicatriz, si se cubre? En alguna de esas pomadas milagreras que venden en la calle, se lee: *borra todas las cicatrices*. Claro que el asunto no funciona: sobre la vieja cicatriz queda otra encima.

Jorge Luis Borges, que habitó grandes bibliotecas y dijo que lo que más valía en una persona no era lo que había escrito sino lo que había leído, sostenía que en los libros estaban la memoria y la imaginación del hombre. La memoria, porque en los libros está lo que sucedió y fue pensado, lo que se fabuló y las circunstancias que se dieron, y la imaginación, que no es una piedra suelta sino el producto de un saber y el inicio de un ir más allá de la certidumbre. Igual que la creatividad, que no es una revelación espontánea sino un encuentro entre dos o más acontecimientos mediados por el sentido común. Sin conciencia del pasado, nada sabemos y lo que logramos es igual a lo que lograban los hombres primitivos, que se vieron en la necesidad de hacer señales en los árboles y en las piedras para no ir a cometer el mismo error. Uno de los logros de los hombres primitivos fue crear palabras y con ellas no solo nombrar y definir sino remitirse a hechos pasados (de hecho seguimos hablando en pasado y es por ello que nos entendemos). La aparición de la inteligencia fue tomar lo que se sabía para reestudiarlo y encontrarle otras posibilidades, para pulir errores y lograr un mayor entendimiento de las cosas y los acontecimientos. La inteligencia no es un asunto de conocimiento circunstancial (que compartimos con los animales) sino de revisión permanente de la memoria. Los animales logran una inteligencia práctica, corta y empírica. Los hombres que se humanizan una inteligencia trascendente, que va más allá de lo sabido. Y todo esto es asunto de memoria construida. Pero, ¿qué pasa si la memoria se pierde? No es vana la preocupación de Umberto Eco, que mira con miedo a un mundo desmemoriado y propicio para que haya en él toda clase de falsificaciones.

La memoria se construye con repeticiones y confrontaciones. Hasta finales del siglo XIX existía la lentitud.

Todo era nombrado, repetido, estudiado. Cada espacio se habitaba en todas sus posibilidades y el hombre se humanizaba en la medida en que asumía lo lento como elemento de reflexión. Marcel Proust, al llegar el siglo XX (previendo que se acercaba la desmemoria) escribe *En busca del tiempo perdido*, tratando de documentar los detalles que componen una vida. Detalles que no son cosas sino hechos. Ludwig Wittgenstein diría después que el mundo no se compone de cosas sino de hechos y estos, a su vez, de hechos atómicos, que si se desconocen impiden la lectura correcta de una situación. Y estos hechos conforman el lenguaje y lo que es el mundo, que es tan amplio o estrecho como palabras tengamos para nombrarlo, siendo lo estrecho o lo amplio lo que angustia o calma, lo que quita o da, lo que permite el encuentro o lo anula.

Perdida la lentitud, comienza la celeridad. Y en la velocidad hay un problema que han resuelto los pájaros, que misteriosamente detallan el recorrido, pero no los humanos: en la medida en que más aceleramos, menos vemos. Vamos de A hasta B batiendo un récord, pero si nos preguntan qué había entre A y B, no sabemos. Pasa igual que cuando se viaja en avión, que vamos de un aeropuerto a otro sin enterarnos qué había en la ruta. O como con los turistas, que sólo se enteran de adónde llegaron y salieron corriendo siguiendo al guía, cuando ven las fotos (y en esto se diferencian del viajero, que va lento y sin meta definida). Los turistas conocen las migas del pan, pero nunca el pan. O sea que tienen memoria del lugar que visitaron pero no del espacio donde estuvieron (que se compone de circunstancias y tiempo), que es donde se vive. La memoria de un turista se cifra en lo que logra comprar, que la mayoría de las veces es una falsificación o algo hecho en serie por una máquina.

El siglo XX, y por extensión el que ahora vivimos, comienza con la pérdida de la lentitud y el inicio de la celeridad, que en términos de productividad material funciona (en tanto que seguimos el ritmo de la máquina no pensante) pero que en lo tocante a la creación de humanidad y preservación de los recursos de la tierra resultó siendo un fracaso. Y con esa celeridad (autos, camiones, tomarse la trinchera del otro, vivir lo más rápido porque están disparando, etc.), la memoria, que era un logro burgués, fue reemplazada por lo previsto, que es lo que hace la máquina. Y la máquina nunca se cuestiona porque es autista.

El siglo XX fue el siglo de lo rápido: comidas rápidas, vestuario rápido, acciones rápidas, guerras rápidas, competencias rápidas (la NASA logró llegar a la luna

donde no había nada de interés), asesinatos rápidos y en masa, máquinas rápidas, información rápida y repetida, etc. Fue el siglo del motor, que no para de moverse y hacer ruido. Sí, fue el siglo de Superman y El Hombre Araña, de la Mujer Maravilla y Flash, que actúan de manera esquizofrénica, pues reaccionan con el llamado de algo (una voz, una alarma, una intuición) pero que no reflexionan y lo único que persiguen es el éxito. Solo Batman, en la última película, reflexiona: él existe mientras existan los delincuentes. Y su misión es poner de manifiesto al Guasón y al Pingüino, al Acertijo y al Fiscal de la cara destruida, pero no capturarlos. De hacerlo, Batman desaparece. Es posible que si Sigmund Freud y Jacques Lacan hubieran visto la última película de Batman, sus teorías sobre la pulsión de muerte habrían tomado otros o nuevos rumbos.

La celeridad se produce en lo que hacemos y nos llega, así que acumulamos muchas acciones en el tiempo y, a la vez, nos vemos llenos de información rápida que no para de llegar. Y a más información, más ignorancia, como sostiene Francois Lyotard, el filósofo francés, pues de todo eso que nos llega en forma de multitud poco podemos reflexionar. La actualidad, que para Borges debía durar al menos dos meses (tiempo que proponía para la aparición entre un periódico y otro), hoy dura horas. Y en ese tiempo no hay posibilidad de confrontar lo que llega, de analizarlo bien, de buscar la memoria que hay sobre el hecho y comparar. Ese exceso de información nos altera, nos desborda, nos hace entrar en crisis y lo único posible es creer, es decir, dar el hecho por cierto y no como causa de hechos anteriores. Pongo un ejemplo: los egipcios se han rebelado contra un gobierno de 30 años protesta que comenzó en los primeros días del 2011 y fue conocida como la Revolución de los Jóvenes. En que el país se había desarrollado tecnológicamente pero no en términos humanos. Pero esa rebelión no se da por el simple hecho de que en un momento dado, por generación espontánea, hayan entendido que necesitan de la democracia y la libertad. O porque hayan copiado la rebelión de Túnez y, como es una moda rebelarse, lo hayan hecho. No, hay unos precedentes que vienen desde Mehmet Alí, el gran reformador e industrializador de Egipto en el siglo XIX (al que Gilbert Sinoué llama el último faraón). Este hombre que provenía de Albania y era un comerciante de tabaco, se deslumbra con las tropas de Napoleón, que no están compuestas solo por soldados sino por hombres que traen la ilustración con ellos. Y de ellos aprende nuevas formas sociales e industriales, de uso del agua y de la vida. Hay menos dolor en lo que los napoleónicos proponen. Y así los egipcios se desarrollan de acuerdo con un mundo moderno. Que no está compuesto solo por

máquinas y obras de ingeniería, sino por formas de pensar menos dolorosas. Y a mediados de la década de 1950, un hombre, Gamal Abdel Nasser, crea el panarabismo y (gústenos o no), los árabes, con Egipto a la cabeza, tuvieron un lugar en la tierra y dejaron de ser hombres de camello y de tiendas en el desierto, lo que ya implicaba negociaciones políticas, desarrollo de tecnología y ciudades y liderazgo sobre una buena porción de la geografía. Este logro (que no fue bien visto en Occidente, pues tenía raíces rusas comunistas), fue destruido por los gobiernos árabes corruptos de la zona (ayudados por las petroleras), que no admitieron la presencia de la mujer en el mundo de los hombres, así como tampoco el que la gente saliera del mito y entrara en la edad de la razón. Pero estas semillas siguieron vivas (basta leer los libros de Naguib Mahfuz, el primer premio Nobel de literatura en lengua árabe) en la gente que leía y estudiaba, que miraba lo que sus gobernantes hacían y cuestionaba la idea de destino que se le quería imponer. De aquí vienen las revueltas: de una reflexión de años, de una memoria que no desaparece, de voces que traen el pasado y con él miran el presente. Claro que nada de esto se ha dicho en la información de estos días. Lo que hace que me pregunte si los medios son unos desmemoriados o hay intereses en que la memoria no aparezca.

El presente es fruto del pasado y quienes nos gobiernan o gerencian han sido producidos por nuestras propias sociedades, por nuestras fallas o aciertos, de aquí la frase de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece porque ese gobierno puede representar o al monstruo del doctor Frankenstein o a la libertad de prensa (que es el derecho a saber qué pasa y por qué pasa) establecida en Filadelfia por Benjamín Franklin. Nada se da al azar, todo tiene una causa cercana y lejana, una cadena de causas. Y esas causas y sus efectos en cada tiempo y lugar, configuran la memoria. Pero, ¿qué sucede si no hay memoria? Que creemos que las cosas se dan porque sí (a veces en calidad de castigo) y no como una consecuencia de actos anteriores.

Siempre he sostenido que la primera información que debe recibir un niño es la de su historia. Una vez



aprenda a hablar y entienda, hay que enseñarle dónde vive, con quién, cómo, desde cuándo, que significa estar aquí y por qué primero hay que entender este lugar y no otro. Y esta propuesta no es original mía, ya aparece en Bereshit (el libro del Génesis, en la Biblia), que lo primero que enseña es que estamos en el mundo y lo que este significa. Un libro que habla de Dios y de las relaciones del hombre con él, lo primero que manifiesta es una memoria del mundo. Porque sin mundo y sin entender lo que en él ha pasado, ¿cómo saber quién soy yo? Yo no soy alguien puesto al azar a consecuencia de una tómbola. Como dice don José Ortega y Gasset, soy yo y mis circunstancias, es decir, estoy rodeado por un espacio con memoria. Y esa memoria es la que me da la identidad y una capacidad de reflexión sobre lo hecho y por hacer. Y si bien la memoria no tiene la razón sino el camino, es la que evita que nos perdamos. De aquí que muchos pueblos respeten a sus viejos y aprendan de ellos las experiencias vividas. El viejo no tiene la verdad pero sí posee buena parte del camino para llegar a ella, igual pasa con la memoria, que no es un asunto individual sino colectivo. De nada vale que yo tenga una gran memoria si los demás no la tienen. ¿Con quién podría discutir y construir realidad sobre ella? Si ustedes, los aquí presentes, no tienen memoria de Medellín, si no saben su historia y desarrollo, ¿de qué Medellín podríamos hablar? ¿De la Medellín presente, que es una inmensa mole que regurgita entre la contaminación ambiental y la sensación de inseguridad? Esta Medellín de hoy es una consecuencia de la Medellín de antes, de lo que se hizo y se dejó por hacer, de esa que tuvo aciertos y cometió errores y que, depende de lo que sepamos, puede enderezarse o torcerse más. El conocimiento no es un asunto del presente sino de lo sabido aplicado al hoy. Por esta razón en las universidades no se enseña lo que acaba de suceder sino lo que ha sucedido. Es lo que se llama conocimiento positivo, libre ya de todo empirismo y por lo tanto comprobado. Un conocimiento que, como escribió Bertrand Russell, fue elaborado lentamente, con base en el ensayo error, para lograr la certeza. Y al que tenemos derecho para no cometer errores en el manejo del hombre y de las costumbres.

Con una persona (o un conglomerado) sin memoria es fácil jugar. Si carecemos de memoria geográfica, del cielo, de los logros o fracasos sociales, de

los cánones que nos rigen (lo que ha hecho posible que nosotros existamos) no tenemos más que aceptar el mundo que nos ofrecen, como si fuera algo nuevo y acabara de crearse. Un mundo que es así porque no tenemos con qué compararlo y lo que es peor, lo admitimos en calidad de sujetos vacíos y no como jueces de si ese mundo cabe en mí o no.

Si trajéramos hasta nosotros la memoria del siglo XX, veríamos que esta memoria ha sufrido del mal permanente del olvido, propiciado por el papel que los medios masivos de comunicación jugaron con relación a lo que hay que saber y lo que no. Y esto comenzó con tres medios fundamentales, que por su fugacidad crearon toda clase de males en la memoria, en tanto que sus mensajes eran oídos o vistos, previa preparación de lo que se debía oír o ver: la radio, el cine y la televisión. La radio fue condicionada por el tono de la voz y la música (propuestas por el guión). El cine y la televisión, por la música y la acción en movimiento, que generaba emociones en lugar de argumentos. Nada de esto se podía subrayar o volver atrás para revisar el mensaje, generando una memoria volátil. En 1930 (uso los datos de Hugh Thomas en *La historia inacabada del mundo*), la radio se convierte en un medio que divierte, pero a la vez usa la propaganda en buena parte de su tiempo de emisión. Joseph Goebbels, impuso la doctrina nazi valiéndose de la radio y los documentales de cine que, debido al uso de planos y efectos aprendidos de Eisenstein, permitía crear intencionalidad en el mensaje. Miles de alemanes tuvieron criterio de lo bueno y lo malo según lo que decían esas emisiones de propaganda. Ya el resultado se sabe: una mentira repetida se convierte en una verdad. Y esa verdad, que no era la de la memoria, destruyó al pueblo alemán. Algo similar pasó en la guerra civil española. Y no sé qué pase en Colombia, donde debido a la gran radio ya muchos creen que los ruidos

y los gemidos son música, que ganar un partido de fútbol es patria y que el mundo llega hasta donde dicen los noticieros y los programas de farándula. Ya Orson Wells, el gran director de cine, había descubierto que los que oyen radio, si el programa está bien hecho, creen en que los marcianos se están tomando la tierra.

En 1952, Joseph McCarthy usó la televisión para promover su caza de brujas en los Estados Unidos. El enemigo estaba detrás de la puerta, había que buscarlo, denunciarlo, nada



existía en la vida norteamericana sino un monstruo que se comería la industria y la libertad si no era descubierto a tiempo. Nada de eso pasó, excepto que la intelectualidad y el arte norteamericano se mantuvieron escondidos mucho tiempo, permitiendo en ese lapso que fueran reemplazados en buena medida por el *pop art* y lo *light*. De esta caza de brujas da testimonio Woody Allen en una película titulada *El testafarro*. Vale la pena anotar que Fidel Castro se valió de la televisión, desde 1960, para convertir a los cubanos en lo que ahora son, revolucionarios que hacen hasta lo imposible por vivir del turismo. Y ese uso desmedido de la propaganda en televisión propició la caída de Charles De Gaulle en Francia, dando pie al mayo del 68 y al inicio de la sociedad del desencanto.

La fragmentación de la memoria

Durante el siglo XX la memoria fue fragmentada y convertida en un enorme cuarto repleto de incertidumbres y desórdenes. Ya el mundo (que contiene a la tierra y los actos del hombre) no era una totalidad sino un sitio de interés definido y limitado, que como era pequeño podía convertirse en insignificante (carente de importancia), incierto y nebuloso o en algo debidamente maquillado. Y esa memoria fragmentada y rápida, acompañada por la publicidad (que no es memoria de nada sino la promoción de un deseo que no se satisface aunque propone la felicidad como consumo), puede mentirse de cualquier manera, según los intereses del momento, entre los que siempre se destaca una opinión pública voluble, dispuesta a cambiar según los titulares de a diario. Los talibanes, por ejemplo, una gente que vivía en una extraña nación llamada Afganistán (a mí me tocó escribir un artículo en el periódico para que la gente se enterara de ese sitio de la tierra y no confundiera a los talibanes con los perros afganos, flacos y tristes) fueron amigos y enemigos de Occidente en un corto lapso. Amigos cuando luchaban contra los rusos y enemigos cuando se aliaron con los miembros de Al-Qaida, misteriosa base mitológica pues carece de tiempo, lugar y personajes probables, pero que sirve como as en la manga si la situación lo amerita. De Afganistán nunca se dio razón que aclarada cuál era el interés de Inglaterra y Rusia sobre ese sitio que servía de refugio a traficantes de opio y heroína y en el que se hablaba pastún, una lengua que solo entendían los bandidos extranjeros que llevaban por allí mucho tiempo, al punto que la CIA (la central de inteligencia norteamericana) tuvo que pactar con ellos para que sirvieran de traductores. Es que no había memoria de nada. Pasó igual con el

asunto de las torres gemelas de New York. Después del ataque, nadie en los altos mandos del gobierno de Washington sabía qué era el Islam y hubo que llamar a profesores de religiones comparadas de las universidades para que dijeran qué era eso y si se parecía o no al libro de las *Mil noches y una noches* (en la que no hay tantas noches porque mil entre los árabes significa mucho y no es un número) o a las películas del desierto y la legión extranjera. No había memoria.

Es obvio que nadie puede almacenar la memoria de todo el pasado de la tierra, de su geografía o su historia. Y si la tuviera, como escribe Borges en *Funes el memorioso*, sería una desgracia. Una de las formas de vivir tranquilo es no acordarse de todo de manera invariable. La memoria, como el corazón, se da vacaciones cortas después de cada acción. Por eso funciona correctamente, pues nunca se cansa. El corazón para después de una diástole y una sístole. Y la memoria entre un recuerdo y otro que, si se repite constantemente, ya es el inicio de una enfermedad mental. Pero la memoria no consiste solo en recordar sino en saber hilvanar entre un dato y otro, estableciendo un sistema que evalúa antes y después, crea correlaciones entre los hechos y al final proporciona un entendimiento de lo que pasa. Recordar hechos y personajes (como en los programas de concurso y en las viejas clases a la española en las que se buscaba que todos repitieran y nadie pensara) no es la función primaria de la memoria. Lo primario y esencial de la memoria es la relación que podemos llevar a cabo entre A y B, no para determinarla sino para saber también qué la determina. Hablar usando las palabras adecuadas para ser entendido, es un acto de memoria. También entender unas instrucciones o unas analogías. La memoria, entonces, no es el dato, sino el sistema que encierra al acontecimiento, es decir, la estructura entre conexiones (interconexiones e interdependencias) necesarias para que el hecho exista. Para esto es necesario tener una noción clara de pasado, ya que sin él las conexiones se rompen con solo salir del presente.

En la memoria fragmentada de nuestro tiempo, la ausencia de pasado está presente. Y solo entendemos lo que es un pasado continuado, esto que es así porque viene siendo, que es la más corta de las memorias pues (al ser repetida) no lleva al descubrimiento sino a la afirmación, pudiendo ser esta una mentira, una falsación (como es la tesis de Karl Popper) o una certeza. Umberto Eco llama a esta memoria intuitiva: comer con una cuchara, por ejemplo. Y esta memoria es la que usa la publicidad para que tengamos memoria de los zapatos tenis en tanto los zapatos tenis se repiten, de las computadoras que aparecen una detrás de otra, de las modelos que a lo último se quitan la ropa

para no desaparecer de escena, de los actores que además de películas hacen escándalos, etc. Lo interesante de esta memoria es que mantiene un entorno, pero carece de contexto. Y en ella se explicita más la pulsión primitiva que la razón del hecho que propone.

El cerebro, que con todas sus cortezas, subcortezas, infracortezas y váyase a saber que más asuntos de masa y contenido, ha sido muy estudiado (para hacerlo se ha requerido de mucha memoria almacenada y reflexionada) y propuesto como el contenedor y ordenador del mundo que se define a los sentidos. Hasta aquí el asunto funciona. Pero un cerebro, solo lee el presente y el pasado vivido de quien tiene ese cerebro. Si no se recurre a datos provenientes de otras memorias, lo que facilita ese cerebro es saber que se está en un punto con atrás, adelante, derecha, izquierda y arriba, lo que permite moverse pero no entender. O entender lo que es continuado, no por su esencia sino por la forma y la aceptación de otros de ese mismo elemento sobre el cual el cerebro lee. Entendemos los zapatos tenis porque otros los usan, e igual pasa con teléfonos celulares, cigarrillos, botellas de Coca Cola, vestidos, peinados, cachuchas. Si pudiéramos revisar el contenido de una persona normal moderna, nos encontraríamos más con un catálogo de almacén que con un centro de pensamiento. Y no podría culparla, ya que a través de mensajes de realidad fragmentada le han dicho por dónde ir, evitando que piense más. Y esa realidad fragmentada, compuesta por señales de permitido y prohibido (como hacía Pavlov con su perro), lo ha convertido en alguien fácil de manipular. Sin memoria, sino con trozos de memoria repetida, el mundo es así y no de otra manera. Y eso lo vemos en las conversaciones, en las que la gente repite lo que le repitieron, hablando de lo que saben, que finalmente es eso en lo que creen. Y si alguno se sale del esquema, aparece la burla o la exclusión. Ser hereje hoy no es como antes, cuando la herejía era fruto de estudios y reflexiones profundas y quien la defendía hacía uso de argumentos tan claros y difíciles de refutar que a veces, para destruirlos, era mejor quemar al hereje. Así que muerto el hereje, muertos los argumentos, siempre y cuando no hubiera dejado un libro con sus ideas. Pero hoy es distinto: se es hereje con solo salirse un poco del guión de la realidad fragmentada que nos llega. Y que es memoria si está repetida, porque de lo contrario se olvida de inmediato, pues ha sido empujada por otro fragmento de realidad. Y esto de entrar y salir es la constante porque el cerebro (a pesar de todas las mentiras que se han dicho sobre él, como esa de que es capaz de desarrollarse diez mil veces más) solo guarda bien aquello que ha permitido una reflexión, un análisis y una comparación. Es claro que el cerebro no es un recipiente de basura sino un

creador de una realidad en la que siempre se necesitan dos o más, pues yo solo no construyo realidad sino deseo. De la palabra realidad me gusta una definición: es la real idea de una cosa, lo que implica una memoria amplia de esa cosa y no la mera señal de que existe. La señal lleva a presunciones, no a certidumbres.

Sin memoria, entonces, ¿qué entendemos? ¿Qué tan grande es un mundo que se construye y destruye a diario con realidades fragmentadas y contrapuestas, como pasa con la emisión de una noticia y luego el comentario de algo frívolo? ¿Qué opinión puedo hacerme de algo si siempre repiten y nunca profundizan? ¿Y si eso que repiten es más un asunto de propaganda que de real información?

En alguna parte leí (me interesa poco quién lo dijo y cuándo, lo que más vale es el contenido) que los relatos apocalípticos no trataban del fin del mundo sino de la confusión, que es la percepción del mundo en desorden y como tal muy difícil de habitar, pues nadie sabe a ciencia cierta qué es ni el lugar que debe ocupar. El hábitat es un sistema ordenado en el cual el hombre puede vivir tranquilo y desarrollar sus competencias y conceptos sobre estar vivo. Para muchos animales el fin de su especie está cercana, pues su hábitat ha desaparecido, es decir, ya no pueden ser más ellos. Lo mismo podemos decir de nosotros, que no solo hemos perdido buena parte de la memoria del mundo sino que tratamos incluso de no ser, excluyendo de nuestro lado todo aquello que nos confronta. Si perdemos la condición de rebaño, que es la que conforma la memoria colectiva, si la realidad la partimos para ver lo que nos gusta (y en esto se incluyen los sustos, pues no estamos mentalmente bien), si damos más validez al deseo que a la actitud inteligente (que es pragmática y por eso necesita de bienes que no esclavicen y de ideas correctas para ser libres), ¿qué va a ser de nosotros? Unos seres rabiosos e insatisfechos que buscan siempre el culpable en otros y no en sí mismos. Y que al carecer de memoria están encerrados, pues el mundo se ha desvanecido. Y que esperan a que suene la campanilla para actuar, pues les han condicionado los reflejos para que salive, como el perro aquel del científico ruso.

Tercera parte: la credulidad

No se es moderno porque operemos aparatos electrónicos o aprendamos rápido lenguas que se ponen de moda o administremos con eficiencia un sistema de producción en el que hay más máquinas que hombres. La herramienta no nos hace modernos, lo que nos

hace modernos es el uso de la herramienta y el bien colectivo que nace de ese uso. He visto personas que siendo muy hábiles con las herramientas que usan se han integrado de tal manera a ellas que dejaron de ser humanos y se convirtieron en parte de la máquina o, como dice Constantin Virgil Gheorghiu (a este autor no fue capaz de encontrarlo la enciclopedia Encarta y tuve que recurrir a mi biblioteca para saber cómo se escribía bien su apellido, que tiene dos haches) en esclavos tecnológicos. Basta leer *La hora 25*, novela en la que la realidad se fragmenta de tal manera que no hay memoria sino adiestramiento programado.

Perdida la memoria, es decir, los elementos necesarios para situar y entender (o al menos leer) algo en su causa y efecto, retornamos al mundo de la mitología, en el que creemos y entendemos eso que sabemos, pero debido a la cortedad del concepto, le asignamos a este saber acontecimientos mágicos e imaginarios. Siempre me llamó la atención el mandamiento de no hacer ídolos, hasta que lo logré entenderlo. Un ídolo es una creación del hombre y por eso no puede estar por encima de él. Si lo que hago está por encima de mí, he sido esclavizado y perdida la libertad, perdido el sentido humano que me hace persona. De aquí la desesperación del rabino de Praga por acabar con el Golem o el del doctor Frankenstein por destruir a su monstruo. La dignidad humana lleva a aceptar que no hay nada creado por mí que no tenga control y finitud. Pero en el siglo XX (y por extensión este en el que vivimos) comenzamos a creer que hay máquinas superiores a nosotros (la computadora), que la memoria cabe en un recipiente (lo que hay son datos que la USB no controvierte), que la nanotecnología se gobernará por sí misma y los robots lograrán pensar, etc. Pero lo que hemos creado tiene el problema de que carece de subjetividad y por eso no tiene sentimientos y su tarea (autista) es proporcionar datos atrasados (la máquina da resultados previstos, no resultados futuros), al punto que si produce una información no calculada hay que mandar a arreglar el aparato. El mantenimiento consiste en que la máquina no se salga de la regulación que se le ha impuesto, pues si se sale se ha dañado. Pero no solo creemos en máquinas sino en que haciendo arreglos físicos en nosotros podemos lograr más, como si el asunto fuera de imagen y no de contenido. Recuerdo una frase de una canción de Joan Manuel Serrat: "Me gusta todo de ti,

menos tú". El sentido es claro: nadie me va a querer porque yo pierda mi barriga. A mí me quieren porque me hago querer y con barriga o sin barriga, antes que una forma soy una persona querible. Ahora, si yo no sé querer (si recibo y no doy), cambiando mi forma física tampoco me aceptarán (o si, pero apenas por un rato, mientras se acaba la curiosidad), pues el problema no es qué forma tengo sino qué soy conmigo y en relación con los demás. Pero somos crédulos y aceptamos lo que dice el aviso, que busca vender y su único interés es dinamizar la compra. Del usuario no importa más que su dinero, el resto, que siga comprando hasta que le caiga encima todo lo que ha comprado y desaparezca.



La credulidad es un estado primitivo de cuando no se tenía noción del entorno y la memoria era solo aquello que nos había pasado a nosotros y no al mundo. Por esos días el estado de naturaleza mantenía al individuo en estado de egoísmo, miedo, agresión, incapacidad de hablar (para hacerlo se necesita del reconocimiento de otro). Como no había memoria de nada, todo era creíble que sucediera: que un árbol me atacara, que no volviera a amanecer, que las piedras hablaban, que el arco iris era un pájaro, etc. Esto fue válido en seres que apenas aprendían a pulir piedras y mantenían el fuego vivo para que los seres invisibles no los atacaran. Por fortuna apareció la memoria y con los días, debido a la escritura, la enseñanza, las costumbres, los pactos y la aparición de la ciudad (en la que muchos se comprometen a vivir juntos y a intercambiar entre ellos conocimientos y objetos), ese estado paranoide fue desapareciendo y con ella la condición de animal acorralado. Pero (esta ponencia abunda en peros y eso es lo que hay que resolver) después de la Primera Guerra Mundial, a la que Karl Kraus (periodista vienés) llamó Los últimos días de la humanidad, comenzamos a regresar al estado de naturaleza, al estado de confinamiento intensivo y a una credulidad exagerada. Criada por la celeridad. Al no ver, creemos. Creemos en extraterrestres, en vivir más de lo biológicamente posible, en que nos congelen para despertar dentro de mil años, en que lo de las torres gemelas de New York tiene que ver con un triple uno, en que Sadam Hussein tenía armas bacteriológicas y ántrax, cuando estas se usaron en la Primera Guerra Mundial y se desecharon porque lo producido por ellas se devolvía, a causa del viento, sobre quienes las habían

lanzado. Creemos en bombas que parten la tierra en dos, en que comprando somos felices, en creadores de temblores de tierra, en palabreros que nos emocionan y después huyen, en teologías de la prosperidad que consisten en que uno da lo que tiene y eso lo multiplica la divinidad, como si Dios tuviera alguna pirámide financiera que, además, por cálculos racionales, siempre llega a un punto de quiebra. Creemos en que la tecnología es ciencia, porque los medios nos han dado una información confusa ignorando cuál es la dimensión de lo científico y magnificando la tecnología, que es una aplicación y una consecuencia pero no el ejercicio de haber buscado principios y leyes en un fenómeno determinado. Y lo que es peor, creemos en los famosos porque sabemos qué marcan visten, qué carros usan, a dónde van de vacaciones, que beben, admitiendo que eso es vivir cuando la vida no está en acumular (como dice Erich Fromm) sino en saber para qué sirven las cosas y cómo uso lo que tengo. Lo sabemos todo de los famosos, pero nunca qué piensan. No es de extrañar entonces que cuando los famosos hablan, todo eso que los rodea resulte siendo una tragedia, incluidos ellos mismos. En fin, la propaganda (comunicar creando emociones y no dando razones), nos convirtió en unos crédulos y, para colmo, en unos desmemoriados con miedo. La credulidad ha sido el patrimonio de los necios, los ignorantes y los desesperados; de los codiciosos y los que no se admiten como son, como si ser como uno es no fuera ya una forma de vida, una diferenciación para ser reconocible y la única posibilidad para vivir. Cuando hay memoria de la credulidad, de los efectos devastadores que ha producido (basta ver lo que fueron las guerras del siglo XX), el hombre de bien se retira del camino de los vendedores de ilusiones (que luego se convierten en frustraciones) y admite que la única posibilidad para un buen vivir es admitir, como escribe Baruj Spinoza, que lo del otro bien habido necesariamente le pertenece a él. Y que la paz no es la ausencia de guerra sino la sed permanente de justicia. Pero si no hay memoria de esto, asumimos la credulidad, que se diferencia de la creencia en que esta es un logro de humanidad (pues se busca llegar a la perfección) y aquella simplemente es miedo, como el que se nota en quienes responden injuriando a los articulistas en lugar de debatir con ellos. ¿Pero cómo debatir sin memoria? De aquí el fanatismo, que al no lograr equipararse con el otro en la discusión, porque la razón no aparece por lo que creo que sé sino por lo que realmente sé (que es lo que me ubica en el mundo), busca anular con violencia al contendor, volviendo el fanático a quedar solo y con más miedo.

Retorno a los gatos

Ante este mundo de desmemoriados y de crédulos, reaparece el gato, que no sé si piensa o no (habría que ser gato para averiguarlo), pero ha demostrado tener una gran memoria, no solo en reconocer su entorno sino en regresar a él a menos que encuentre uno mejor y no vuelva. Esta memoria gatuna le ha permitido vivir con independencia y su curiosidad, que podría llevarlo a la credulidad, siempre está atenta al ensayo-error, reconociendo que si no hay posibilidades para hacer algo, no lo ejecuta. El perro ladra y se enloquece cuando no logra la presa, el gato no. Simplemente admite que el asunto no es con él, que el otro es más hábil y, mientras el gato no lo supere, no vale la pena el asunto.

Esa memoria del gato y su curiosidad sin caer en la credulidad, le ha permitido ir por el mundo sin que (a pesar de las matanzas de gatos, como la sufrida en la Edad Media, que llegó a millones) su especie pueda desaparecer. El gato es cauto, reconoce el terreno (el perro orina gozosamente como si el mero olor ya fuera el dominio completo), lee los árboles, los huecos, presume y espera. Si en la espera se sucede algo, volverá. Si no, no volverá. Y lo más especial: el gato se mantiene limpio y entierra todo aquello que lo haga quedar mal (no luce sus porquerías). Y como está limpio está en orden, lo que hace que los poetas le canten, los fotógrafos le tomen fotos y muchos quieran acariciarlos sin hacerles daño. Y si bien dicen que los chinos se comen a los gatos, debe ser porque lo consideran animal totémico, al que al comerlo le heredarán todas sus buenas artes.

Y traigo este asunto de los gatos no porque la credulidad me haya llevado a adorarlos, como cuando se creía que la historia era circular (siempre volvía a pasar lo mismo y se estaba encadenado a este destino) y si no es por Moisés y sus mandamientos proyectados hacia adelante el futuro no existiría. Como he dicho antes, los gatos no me gustan pero los observo. Y al observarlos, los ligo con los sitios donde los he visto, con lo que me han dicho de gatos, con lo leído, con lo que he escrito sobre ellos, así que al verlos no me queda más alternativa que saber más de ellos, de buscar lo que no he visto, de oír lo que no sé, de compararlos con lo que sucede. Y de envidiarlos, porque a pesar de los tiempos y los cambios que en ellos se generan, han seguido siendo gatos, persistiendo en ser ellos a como dé lugar, sin que importen las nuevas tecnologías (ya buscarán cómo dormir al lado del computador y hasta jugar con las imágenes) y los cambios climáticos, que

los llevan a tener más pelo o menos pelo. Nosotros, que nos consideramos humanos, en lugar de seguir siendo humanos (para ello hemos construido una enorme memoria) y persistir en ello, decidimos que es mejor destruirnos que construirnos. Y esta pulsión a no querer ser mejores sino peores, que el psicoanálisis no alcanza a saber de dónde sale, quizá provenga a que somos adictos al miedo y al olvido y quizá por eso bebemos y nos emborrachamos, aparentamos lo que no somos y destruimos al otro para que no quede evidencia de nosotros. Si fuera crédulo, diría: es que somos de otro planeta y estamos perdidos en este. Pero como no lo soy, soy terrícola y sé muy bien que la información nos salva o nos destruye. Todo depende de lo que hagamos con ella, no negando la evidencia ni afirmando lo que no es, sino admitiendo que estamos en la tierra y fuera de ella (o de lo que sea como ella) no hay vida posible para nosotros y que no importa dónde vayamos, cargamos con lo que somos.

Concluyo pensando en Wikileaks: cuando un medio de comunicación quiere, llega hasta la verdad, siendo la verdad algo menos ofensivo que cualquier guerra y cualquier hambruna, que cualquier falta de equidad y cualquier sitio donde a un niño se le degrada y se le miente. Y, como dice George Orwell, la libertad de prensa es decir lo que los demás no quieren oír. Así yo esté entre ellos.

Escrito en Medellín, escuchando *Chico malandro*, una canción popular de Cabo Verde (sur de África), deliciosa para bailar. Canta Ana Firmino.

Muchas gracias.